

construido palizadas provisionales que los defendieran del fuego de la fusilería, el agua tenía tan poca profundidad, que pudo la caballería y la infantería pasar, y unos á nado y otros á vado, lograron saltar en tierra muy cerca de la ciudad en medio de una lluvia de flechas. Allí trabaron una reñida lucha con los indios, quienes despues de una valerosa resistencia se replegaron á la plaza, y unos pocos que huyeron por los campos fueron lanceados por la caballería. El grueso del ejército perseguido por la infantería se retiró por las calles y enrucijadas, sin oponer ya mucha resistencia; y separándose Cortés con unos pocos soldados, permaneció cerca de la entrada de la ciudad. No habia estado allí mucho tiempo, cuando fué atacado por un cuerpo de indios de refresco, que repentinamente llegó á aquel lugar por una calzada inmediata. El general con su acostumbrada intrepidez, se arrojó en medio de ellos con la esperanza de contenerlos; pero eran muy pocos sus soldados para que pudieran ayudarle, y fué agobiado por la multitud de los enemigos. Resbaló su caballo, cayó, y como antes de poder levantarse recibió un fuerte golpe en la cabeza, fué cogido y llevado en triunfo por los indios. En tan crítico momento, un tlaxcalteca que vió el peligro inminente del general, se arrojó como uno de los tigres feroces de sus montañas, sobre los aztecas, y trató de librarle de sus garras. Dos de los criados del general acudieron también á auxiliarse, y con su ayuda y la del bravo tlascalteca, logró aquel levantarse y librarse de sus enemigos. Colocarse en la silla y blandir su bien templada lanza, fué obra de un momento. Otros de sus soldados acudieron despues, y oyendo los españoles que iban en persecucion de los indios el ruido de las armas, volvieron, y despues de un desesperado encuentro, los obligaron á evacuar la ciudad. La caballería que regresaba entonces del campo, les cortó la retirada, y colocados así entre dos fuerzas, fueron enteramente destrozados ó solo pudieron salvarse arrojándose al lago (12).

Este fué el mayor peligro en que se encontró personalmente Cortés. Estuvo su vida en manos de los bárbaros, y á no ser por el interes que tenían en hacerle prisionero, la hubiera perdido indudablemente. A la misma causa debe atribuirse la salvacion de los españoles en tan frecuentes encuentros. Dícese que el día siguiente buscó al tlascalteca que tan valientemente habia acudido á su defensa, y como no pudo descubrirlo, atribuyó su salvacion á su patron San Pedro (13). Puede perdonársele que creyera en la interposicion de su ángel

(12) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 226.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 8.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.

Así refiere el general este hecho. Sin embargo, Diaz dice que aquel debió su salvacion á un castellano llamado Olea, á quien auxiliaron algunos tlascaltecas, y que su libertador recibió tres graves heridas. (Hist. de la Conquista cap. 145). Este era un hecho de que nadie debia estar mejor informado que Cortés, y que por otra parte no era fácil que se borrara de su memoria. Probablemente el veterano confundió este suceso con otro semejante que ocurriría al general.

(13) "Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y ni muerto ni vivo pareció; y Cortés, por la devocion de San Pedro, juzgó que él le habia ayudado." Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 8.

de guarda para librarle del horroroso destino de los cautivos, que ciertamente no debia concebir esperanza de que se le mitigara á él. Demasiado intrépido debia ser el hombre que voluntariamente desafiaba tal peligro; pero sus compañeros hicieron otro tanto por menor recompensa.

La época de que hablamos, era todavía la de la caballería; esa sorprendente y novelesca edad, de la cual apenas puede tenerse una corta idea en los tiempos presentes de práctica y positiva realidad. El español con su delicado pundonor, con sus romances heroicos y sus altivas y vanagloriosas pretensiones, era el mejor representante de aquellos siglos. Los europeos en general no se habian acostumbrado todavía al ocio de la vida literaria, ni á la actividad del comercio, ni al pacífico trabajo de la agricultura. Dejaban esto al recluso habitante de los claustros, al humilde aldeano, y al miserable esclavo. La profesion de las armas era la única digna de los hombres de noble sangre; la única carrera en que el bien nacido y esforzado caballero podia adquirir gloria. El Nuevo Mundo ofrecia en sus extraordinarios y misteriosos peligros, un vasto campo para el ejercicio de esta profesion, y el español se presentó en él con todo el entusiasmo de un paladin de romance.

Otras naciones entraron también en ese campo, pero por diferentes motivos. El francés mandaba allá sus misioneros á que vivieran entre los gentiles; y ellos, limitándose á la obra piadosa de ganar almas para el Paraiso, se contentaban con encontrar la corona del martirio, que muchas veces buscaban. El holandés tenia también su mision, la del luero terrestre, y hallaba la recompensa de sus fatigas y peligros en el productivo tráfico que hacia con los nativos. Mientras que nuestros antepasados los puritanos, llevados del verdadero espíritu anglo-sajon, abandonaban sus pacíficos hogares, se lanzaban al Océano, y levantaban sus tiendas en la soledad del desierto para gozar las dulzuras de la libertad civil y religiosa, el español iba al Nuevo Mundo llevado del verdadero espíritu de caballero errante en busca de aventuras peligrosas, como si ese fuera su único objeto. Siempre estaba pronto á esgrimir el puñal, la espada ó la lanza en defensa de la fe, y al oír su grito de guerra de "Santiago", se imaginaba estar militando bajo la bandera del apóstol, y sentia que su brazo era mas fuerte que el de cien infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; y la España, la romántica España, fué la tierra donde alumbró su luz por mas tiempo sobre el horizonte.

Todavía no obscurecia cuando Cortés y sus soldados volvieron á entrar en la ciudad. Lo primero que hizo el general fué subir á un *teocalli* inmediato y reconocer el pais. Desde allí se ofreció á su vista un espectáculo, que habria aterrado á un corazon menos esforzado que el suyo. La superficie del salobre lago estaba cubierta de canoas, y la calzada ocupada en muchas millas, por escuadrones indios que parecian encaminarse al campo cristiano. En efecto, luego que Guatemotzin supo la llegada de los españoles á Xochimilco, envió un gran número de tropas para defender la ciudad. Como estas fuerzas estaban

ya en marcha, y Méjico solo distaba de Xochimileo cuatro leguas, bien podían llegar antes de entrada la noche (14).

Grandes preparativos hizo Cortés para la defensa de sus cuarteles. Situó destacamentos de soldados escogidos en todos los lugares donde probablemente podían desembarcar los aztecas, dobló las centinelas, y acompañado de sus principales gefes rondó varias veces el campo en el curso de la noche. A los muchos motivos que había para estar en vela, se añadía el de que los dardos de los ballesteros casi se habían acabado. Para suplir esta falta, se ocupaban activamente los archeros en acomodar á las saetas, puntas de cobre de que tenía el ejército grande acopio; de manera que aquella noche poco se durmió en el campamento (15).

Pasó sin que fueran molestados por el enemigo. Aunque no era tempestuosa, sí muy oscura; y aunque los españoles que se hallaban de servicio nada podían ver, oyeron distintamente el ruido de muchos remos movidos en el agua á no mucha distancia de la ribera. Los indios que venían en las canoas no intentaron desembarcar, recelosos ó tal vez avisados de los preparativos hechos para recibirlos; pero al primer albor de la mañana se pusieron sobre las armas, y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los atacaron en sus mismos cuarteles.

Los castellanos reunidos en el atrio de uno de los templos, peleaban con desventaja porque se hallaban en una ciudad, donde las estrechas calles y callejuelas, muchas de ellas cubiertas de un lodo resbaladizo, presentaban grandes embarazos á las maniobras de la caballería; pero Cortés con la mayor prontitud formó á todos sus ballesteros y arcabuceros, y rompió un fuego tan vivo y certero sobre las filas enemigas, que las desconcertó y las obligó á retirarse. La infantería con sus largas picas completó la derrota, y la caballería, cargando á galope tendido sobre los aztecas cuando abandonaban la ciudad, los persiguió por muchas millas. A alguna distancia encontraron los fugitivos un considerable refuerzo que venía á socorrerlos: se unieron á él, y haciendo frente á sus contrarios, cambió el aspecto de la batalla, tanto que los castellanos hostilizados por los indios picaron sus corceles, y volvieron á la ciudad á todo escape. Todavía no habían andado mucho, cuando encontraron el grueso del ejército que venía á toda prisa á su auxilio. Reforzados de esta suerte, volvieron otra vez á la carga; pero las huestes enemigas los encontraron con el

(14) "Por el agua á una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil; y en ellas venían mas de doce mil hombres de guerra; é por la tierra llegó tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían." Rel. tere. de Cortés, en Lorenzana, p. 227.

(15) "Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro Real, repartida á los puertos, é azequias por donde habían de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada, y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche." Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 145.

ímpetu de un torrente. Por algun tiempo pareció estar indecisa la victoria, pues la inmensa multitud de indios atacaba por todos lados, y subía al cielo un confuso rumor en que iban mezclados los aullidos del salvaje con el grito de guerra del cristiano; grito que todavía era mas extraño en aquellas apartadas regiones. Al fin el valor, ó mejor dicho, las armas y la disciplina de los castellanos quedaron triunfantes. Destrozado el enemigo, retrocedió, y alejándose paso á paso, pronto se convirtió su retirada en una derrota, y persiguiéndolos los españoles los arrojaron del campo, haciendo en ellos tan espantosa carnicería, que no intentaron ya renovar el ataque.

Encontráronse, pues, los vencedores dueños absolutos de la rica ciudad, bien provista de producciones indias, de algodón, de oro, de plumajes y de otros artículos de comodidad y lujo, que presentaron un cuantioso botín á los soldados. Mientras se ocupaban del pillaje, parte de los indios desembarcando de sus canoas, cayó sobre algunos de los españoles dispersos que iban cargados de despojos, é hizo prisioneros á cuatro de ellos. Esto causó á las tropas mayor sentimiento que si hubiera perecido en el campo de batalla número décuplo. Era ciertamente muy raro que un español se dejara coger vivo; pero en aquella vez los desgraciados soldados habían sido tomados por sorpresa. Lleváronlos á la capital, y poco despues fueron sacrificados. Cortáronseles de órden del feroz y jóven monarca azteca los brazos y las piernas, y se enviaron á las ciudades circunvecinas, asegurándoles que aquel sería el destino de todos los enemigos de Méjico (16).

Los prisioneros cogidos en la última batalla instruyeron á Cortés, que las tropas enviadas hasta entónces por Guatemotzin, solo eran parte de las que había reclutado: que su plan era mandar destacamento tras de destacamento hasta que los españoles, aun cuando quedaran victoriosos en los encuentros que tuvieran con cada uno de aquellos, sucumbieran al fin consumiéndose, y quedarán vencidos, por decirlo así, con sus propias victorias.

Concluido el saqueo de la ciudad, no creyó Cortés conveniente aguardar allí nuevos ataques del enemigo. La mañana del cuarto dia despues de su llegada, reunió sus fuerzas en una llanura inmediata donde vió á muchos de sus soldados agobiados con el peso del botín, lo que le causó gran inquietud. Dijoles que iban á emprender su marcha por un país muy poblado, y que estaba todo sobre las

(16) Díaz, que era bastante crédulo, asegura como cierto que antes de sacrificar á estos desgraciados, les cortaron los brazos y las piernas. "Manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envía á decir, que antes que volvamos á Tezcucuo, piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos." (Hist. de la conquista cap. 145.)—No es esto muy creíble, pues los aztecas no eran como nuestros indios norte-americanos, que atormentan á sus enemigos por mera crueldad, sino que los inmolaban con las solemnidades prescritas por su ritual; el prisionero era para ellos una víctima religiosa.

armas con el objeto de disputarles el paso: que por su propia seguridad debian aligerarse cuanto fuera posible: que la vista de tantos despojos excitaria la codicia de sus enemigos y se precipitarian sobre ellos como águilas hambrientas sobre su presa; pero fué inútil su elocuencia para con los codiciosos soldados. Contestáronle que tenian derecho á gozar el fruto de sus victorias, y que sabrian defender con la espada lo que con ella habian ganado.

Viéndolos tan firmes en su propósito, no quiso el general contrariar sus deseos. Mandó colocar los bagajes en el centro, confiándolos á una partida de ginetes, y el resto de estos lo dividió entre la vanguardia y la retaguardia, en cuyo último puesto, como el mas peligroso, colocó á los ballesteros y arcabuceros. Hechos estos preparativos, emprendió su marcha; pero antes prendió fuego á los combustibles edificios de Xochimilco en castigo de la resistencia que allí habia encontrado (17). La luz de la incendiada ciudad se levantaba hasta las nubes esparciendo un siniestro fulgor que se reflejaba en las aguas, y anunciaba á los habitantes de aquellas riberas, que los fatales extranjeros tanto tiempo antes predichos por sus oráculos, habian bajado semejantes á un fuego que todo lo consume (18).

A veces se descubrian á lo lejos pequeñas partidas de indios que no se atrevian á atacar al ejército, el cual antes de mediodía llegó á Cojohuacan [a], populosa ciudad distante de Xochimilco dos leguas. Apenas podia caminarse esa distancia en esta poblada parte del valle, sin encontrar alguna ciudad de considerable extension, muchas veces capital de algun estado que antes habia sido señorío independiente. Sus habitantes, miembros de diferentes tribus, y que hablaban dialectos algo diferentes, pertenecian á la gran familia de las naciones que

(17) "Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos; y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas, y torres de sus ídolos de cal y canto." Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 228.

(18) Sobre los demas pormenores de las batallas de Xochimilco, consúltese á los autores siguientes: Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 23, cap. 21.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 8, 11.—Ixtlixochitl, Venida de los esp., p. 18.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 87 y 88.—Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 145.

La relacion que hace el general de estos encuentros, carece de la claridad con que acostumbraba escribir, en cuya falta incurrió tal vez por la brevedad. Mayor confusion que la ordinaria hay en las descripciones de los otros escritores, y aun en las de los contemporáneos; por manera que es sumamente difícil sacar una relacion probable de autoridades, que no solo están en contradiccion unas con otras, sino consigo mismas. Siempre ha sido raro que dos relaciones de una batalla convengan en todo. El punto de observacion es para cada uno necesariamente muy limitado y diferente, y es tambien sumamente difícil observar exactamente todo lo que pasa en medio del calor y confusion de un combate. Cualquiera que haya conversado con los que sobreviven á un hecho de armas, podrá comprender esto fácilmente, y convendrá en que es muy difícil encontrar la verdad en el campo de batalla.

[a] Cuyoacan.

vinieron de la verdadera ó imaginaria region de Aztlan, situada hácia el nordeste. Reunidas estas pequeñas asociaciones en las playas de su mar Alpino [a], continuaron despues de su incorporacion á la monarquía azteca, conservando un espíritu de rivalidad unas con otras, que como en las ciudades del Mediterráneo en la edad del feudalismo, avivó sus facultades intelectuales, é hizo que el valle de Méjico ocupara en la escala de la civilizacion, un lugar mas elevado que las otras regiones del Anáhuac.

La ciudad adonde habian llegado los españoles habia sido abandonada por sus habitantes; y Cortés se detuvo allí dos dias para dar descanso á las tropas y la asistencia necesaria á los heridos (19). Aprovechó este tiempo en reconocer el terreno inmediato, con cuyo objeto bajó acompañado de un fuerte destacamento, á la calzada que conducia de Cojohuacan á la calle principal de Ixtapalapan (20). En el punto de intercepcion llamado Xoloc, encontró una regular fortificacion, tras de la cual se habia atrincherado una division mejicana. Sus flechas causaron algun daño á los españoles luego que se pusieron á tiro; pero ellos marcharon intrépidamente, no obstante las continuas descargas del enemigo, asaltaron la fortificacion, y despues de una obstinada lucha lo desalojaron de ella (21). Entónces avanzó Cortés un poco por la gran calzada de Iztapalapa; mas viendo el otro extremo de ella ocupado por multitud de guerreros,

[a] Esto es, mar interior, pero los lagos de Méjico no podian merecer ni aun poéticamente el nombre de mar, aun con toda la extension que tenían en tiempo de la conquista.

(19) Este lugar, célebre por la belleza de su posicion, fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, quien fundó allí un convento de monjas [b], y mandó en su testamento, que allí fuesen enterradas sus cenizas, fuera cual fuese el lugar donde muriera. "Que mis huesos los lleven á la mi villa de Coyoacan, y allí les den tierra en el Monasterio de monjas que mando hacer y edificar en dicha mi villa." Testamento de Hernan Cortés, MS.

(20) Esta, dice el arzobispo Lorenzana, era la moderna calzada de la Piedad. (Rel. terc. de Cortés, p. 229, nota.) Pero no es fácil combinar este aserto con el bien trabajado mapa que el baron de Humboldt hizo del valle. Un pequeño brazo que salia de la ciudad en tiempo de los aztecas, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde hicieron los españoles su primera entrada. Como las aguas que en un tiempo circundaron á Méjico se han retirado mucho, ha sufrido un notable cambio el aspecto del terreno; y aunque se conservan los cimientos de las calzadas principales, no siempre pueden distinguirse los vestigios de las mas pequeñas [c].

(21) "Y llegamos á una albarrada, que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzaronla á combatir; y aunque fué muy recia, y hubo mucha resistencia, y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros, quedaron sin pólvora y sin saetas." Ibid., ubi supra.

[b] Este convento no llegó á fundarse.

[c] El Sr. Lorenzana padeció en esto equivocacion. La calzada de Iztapalapan es la de San Antonio Abad que conduce á San Agustin de las Cuevas ó Tlalpam.

y no queriendo trabar encuentros inútiles cuando casi se habían agotado sus municiones, retrocedió y se retiró á sus cuarteles.

El siguiente dia continuó el ejército su marcha tomando la direccion de Tacuba que distaba de allí pocas leguas. En el camino fué bastante molestado por las partidas dispersas de indios, que furiosos al ver el rico botin que llevaban los invasores, atacaban frecuentemente sus flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su otra expedicion, valiéndose de una de las extratajemas de que usaban los aztecas, aunque con menos suceso que antes, pues persiguiendo con mucho ardor al fugitivo enemigo, él y su caballería cayeron en una emboscada que á su vez les habian preparado los indios. Todavía no les igualaba Cortés en las astucias de su táctica. En un momento fué envuelta la caballería española por su sagaz enemigo y quedó separada del resto del ejército; pero picando sus briosos corceles y cargando en columna cerrada, logró abrirse paso por los batallones aztecas, y escaparse, excepto dos soldados que cayeron en manos de los indios. Ambos eran asistentes del general y le habian servido fielmente en toda la campaña; por lo que le afectó profundamente su pérdida, aumentando mas su sentimiento la idea del trágico destino que les esperaba. Cuando se reunió el pequeño cuerpo de caballería con el grueso del ejército, que inquieto por su tardanza habia hecho alto bajo los muros de Tacuba, se asombraron los soldados al ver el semblante abatido del capitán, que bien claramente daba á conocer su emocion (22).

Todavía estaba alto el sol cuando entraron en la antigua capital de los Tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir al *teocalli* principal y reconocer desde allí los alrededores; era aquel un magnífico punto de vista, pues dominaba la capital, distante poco mas de una legua, y sus inmediaciones. Acompañábanle el tesorero Alderete, y otros caballeros que últimamente se habian incorporado en sus banderas, por cuyo motivo aquel espectáculo era enteramente nuevo para ellos. Al ver la soberbia ciudad rodeada de un anchuroso lago cubierto de canoas y barcas que lo cruzaban en todas direcciones, cargadas unas con efectos ó frutas y vegetales para los mercados de Tenochtitlan, y otras ocupadas por guerreros, no pudieron contener su admiracion por tanta actividad y movimiento, confesando que solo la mano de la Providencia habia podido sacar salvos á sus compatriotas del centro de tan poderoso imperio (23).

En medio de aquella asombrada reunion, solo la frente de Cortés se advertia abatida, y un suspiro que de cuando en cuando se escapaba de su pecho, reve-

(22) "Y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 145.

(23) "Pues cuando vieron la gran ciudad de México, y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar, y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto, hasta en aquella sazón: y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia." Ibid., ubi supra.

lababa sus tristes pensamientos (24). „Alentaos," díjole uno de los caballeros acercándose á él y deseando consolarle en su toseco modo por la reciente pérdida; "no tomeis tan á pechos estas cosas, pues despues de todo, esta es la suerte „de la guerra." La respuesta del general da á conocer las reflexiones que hacia en aquel momento. "Sois testigos de cuántas veces he procurado persuadir „á la capital de Méjico que se someta pacíficamente. Me entristezco al considerar las fatigas y peligros que han de sufrir mis bravos soldados antes de que „podamos llamarla nuestra; pero es ya tiempo de poner manos á la obra" (25). No puede dudarse que Cortés, así como todos los soldados de su ejército, creía que estaba militando en una santa cruzada, y que prescindiendo de toda consideracion personal, no podia servir mejor á Dios que plantando la cruz en las elevadas torres de la metrópoli gentil; pero era natural que sintiese algun pesar al ver aquel brillante cuadro, y pensar en la tempestad que se preparaba; al considerar cuán pronto los primeros destellos de la civilizacion que tenia á la vista iban á caer marchitos por el violento soplo de la guerra. ¡Grandioso espectáculo el del gran conquistador, deplorando en silencio la desolacion que iba á esparcir sobre el pais!

Parece que esto hizo una profunda impresion en sus soldados, poco acostumbrados á tales muestras de sensibilidad, tanto que prestó asunto á algunos romances ó cantos nacionales, con que los poetas castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban immortalizar á los héroes favoritos de su pais, y que siendo un medio entre las tradiciones orales y las escritas, han sido tan duraderos como la historia misma (26).

Tacuba era el punto adonde habia llegado Cortés en su primera expedicion por el Norte del valle. Por lo mismo habia ya completado la vuelta al derredor del gran lago; habia reconocido los diferentes caminos que conducian á la capital, y visto con sus propios ojos los preparativos de defensa que hacia el enemigo. No tenia, pues, motivo para prolongar su permanencia en Tacuba, cuya proximidad á Méjico podia levantar en contra suya toda su belicosa po-

(24) "En este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traía." Ibid., loc. cit.

(25) "Y Cortés le dijo, que ya veía cuántas veces habia enviado á México á rogales con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver, hasta tornar á señorear; y que con la ayuda de Dios, presto lo poriamos por la obra." Ibid., ubi supra.

(26) Diaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguna de las colecciones impresas.

"En Tacuba está Cortés,
con su escuadron esforzado,
triste estaba, y muy penoso,
triste, y con gran cuidado,
la una mano en la mejilla,
y la otra en el estado." &c.

blacion. El dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha, tomando el camino que siguió en su primera expedicion al Norte de los lagos pequeños. Hostilizóle el enemigo menos que los dias anteriores, lo que en parte se debió al tiempo, que era sumamente tempestuoso. Los soldados, cuyos vestidos pesaban á consecuencia de la humedad, atravesaron con dificultad las cenagosas sendas inundadas por los torrentes. Una vez, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales rondar el campo en la noche y los centinelas montar la guardia, librando su seguridad á la furia de la tempestad, no obstante que la suerte de Narvaez debió haberlos enseñado á no confiar en los elementos.

En Acolman, ciudad perteneciente al territorio Acolhua, encontrólos Sandoval, el cacique de Tezcuco y otros varios oficiales, entre los cuales habia algunos recién llegados de las islas. Recibieron cordialmente á sus compatriotas, y les dieron la noticia de que ya estaba concluido el canal, y que los bergantines completamente equipados, estaban listos para ser botados al agua. Parecia por tanto que no habia ya motivo para demorar el sitio de Méjico. Con tan satisfactorias nuevas, entraron Cortés y sus victoriosas legiones por la última vez en la capital Acolhua, despues de haber empleado tres semanas en dar vuelta á todo el valle.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DEL EJERCITO.—ECHANSE AL AGUA LOS BERGANTINES.—

REVISTA DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS.—EJECUCION DE XICOTENCATL.

—MARCHA DEL EJERCITO.—PRINCIPIO DEL SITIO.

1521.

Al tiempo mismo que se ocupaba Cortés en reconocer el valle, y en prepararse para sitiar la capital, trabajaba activamente en Castilla una faccion por desvirtuar su autoridad y desbaratar completamente sus planes de conquista. La fama de sus heroicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España toda, y por otras muchas partes de Europa, donde excitó una admiracion general el indómito valor de un hombre, que con solo su brazo, luchó tanto tiempo con el poderoso imperio mejicano. La ausencia del monarca español y los disturbios del reino, pueden únicamente explicar la supina indiferencia que mostró el gobierno respecto de esta grandiosa empresa. A las mismas causas debe atribuirse el que no se atendieran los reclamos de Velazquez y Narvaez, no obstante que estaban sostenidos por un protector tan poderoso como el obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias. Dirigia las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Carlos, hombre de instruccion y de alguna sagacidad; pero omiso y tímido en política, y enteramente incapaz de aquella accion decisiva que hizo célebre á su predecesor el cardenal Jimenez.

En la primavera de 1521, expidió el consejo de Indias algunas providencias que produjeron un cambio importante en los negocios de Nueva-España. Mandóse que la real audiencia de la Española sobreyese en el proceso instruido contra Narvaez, por el trato que habia dado al comisionado Ayllon: que aquel desgraciado jefe fuera sacado de la prisión que sufría en Veracruz; y que se enviase á Méjico un visitador investido de autoridad bastante para averiguar los procedimientos y conducta de Cortés, y hacer amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaron en la corte personas que vieran con desagrado estas disposiciones, juzgándolas como una indigna recompensa de los servicios de Cortés, y que pensaban que bajo todos aspectos no eran á propósito aquellas circunstancias para tomar providencias que podian desanimar al general, ó tal vez hundirle en la desesperacion. Pero el altivo carácter del obispo de Burgos despreció estas observaciones, y aprobadas por la regencia las determinaciones del consejo, fueron firmadas por los que formaban este cuerpo, el dia 11 de Abril de 1521. Tapia, uno de los miembros de la audiencia de Santo Domingo, fué comisionado para marchar á Veracruz; pero afortunadamente sobrevinieron circunstancias que demoraron la ejecucion de